



LA misión

Como una iniciativa de la Fundación DAC, presidida por el cineasta Juan Bautista Stagnaro, El Cine Va a la Escuela propone alcanzar regiones postergadas del país y llevarles la experiencia onírica e intransferible de ver cine en pantalla grande.

[Por Hernán Panessi]

Mientras Juan Bautista Stagnaro se sienta, le da play a un video en el que una señora visiblemente emocionada dice: "Hay muchos chicos que no conocen el cine". Allí, en este institucional, se da cuenta del relevo de actividades de El Cine Va a la Escuela, un programa nacional auspiciado por la Fundación DAC en el que acercan cine a geografías y espacios postergados. "Hacemos cine para esto", agrega el cineasta Marcelo Piñeyro, y Stagnaro no lo puede disimular: todo esto lo conmueve, todo esto le da vida. "Yo voy a estar bajo tierra y van a hablar de que un día fueron unos tipos, les mostraron el cine y fue maravilloso", comenta Stagnaro, director de la multipremiada *Casas de fuego*, guionista de la nominada al Oscar *Camila* y, aquí, presidente de la Fundación DAC y vicepresidente de Directores Argentinos Cinematográficos.

El video procede y allí se da una conversación curiosa entre la actriz Moro Anghileri y dos chicos de Aguas Blancas, al noroeste de Salta. Los chicos preguntan si todo lo que pasa en las películas es verdad o mentira. Amén de su inocencia, los jóvenes no habían visto nunca una película en pantalla grande. "Muchos de los chicos vinieron arreglados a la función", suma en otro momento una maestra de José León Suárez, en el extremo norte

del partido de General San Martín. Esta es para muchos una oportunidad: conocer la experiencia del cine. "El objetivo primero de este programa es la difusión del cine entre los jóvenes", subraya Stagnaro. La cosa es así: el cine va a la escuela y no la escuela al cine. No ponen transporte para que un montón de chicos vayan al cine. La Fundación DAC va hasta las escuelas y monta una sala: oscura, silenciosa, con buena definición de audio y sonido. La experiencia cinematográfica es real.

Por estos días, El Cine Va a la Escuela tiene como objetivo ampliar su registro a las universidades públicas del país y así sumar algunas miradas interdisciplinarias. Asimismo, planean incorporar una materia audiovisual a los planes escolares del Ministerio de Educación. "No es algo sencillo: pero es nuestra intención para los próximos años". Por su parte, bien talleres barmas con directores invitados que sintetizan la identidad cultural de cada lugar. La experiencia más exitosa resultó del cortometraje firmado en Los Antiguos, Perto Wernero y Chile Chico, en Chile, en la que chicos de la región retrataron su identidad y compartieron con sus vecinos la noción de la creación colectiva.

Al momento, ya fueron 250 los lugares alcanzados

por el programa, que suma en total unos 31.000 espectadores. Dice Stagnaro: "Lo que más sorpresa nos dio con este programa es que muchos jóvenes y adultos no habían ido nunca al cine". No obstante, por tratarse de un programa que alcanza a lugares satelitales a las grandes capitales, el número final se convierte en un dato anecdótico. "El programa llegó a barrios en los que viven unas diez o doce familias, ponele. El cine se *shoppinizó*". Por la concentración del entretenimiento, las salas de cine tradicionales (ni hablar de las barmas) sufrieron los porvenires de la avanzada del shopping. Así las cosas, el cine perdió presencia en los barrios y la actividad cinematográfica quedó relegada a los centros comerciales.

¿Por qué es importante un programa como El Cine Va a la Escuela? "Por el cine como hecho estético, por la ventaja pedagógica de poder armar trabajos grupales (donde varios construyan el conocimiento) y por permitir nuevas experiencias", apunta Stagnaro. Para su programación no utilizan ningún criterio marcado, ni géneros específicos, ni tipos en particular, sino que intentan buscar películas que aporten a la discusión entre los jóvenes. Tres ejemplos concretos: *Tiempo de valientes* de Damián Szifron ("Es la que más les



gusta a los pibes"), *Kamchatka* de Marcelo Piñeyro y la mencionada *Camila*, de María Luisa Bernberg. "Tenemos una idea que es contar la historia argentina a través del cine".

A razón de dos viajes por mes, en los que recorren unas cuatro o cinco localidades, El Cine Va a la Escuela pretende dejar huella en las zonas vírgenes del "cine pochoclo" o del shopping. Intentan flotar lejos de las zonas centrales, y su trabajo tiene como motor arribar a las zonas más periféricas de la Argentina. "Muchos nos agradecen porque alguien se acuerda de ellos sin pedir nada a cambio". ¿Cómo llegan? Por pedido de las escuelas. "Hasta el año que viene tenemos programados todos los viajes".

El programa comenzó en abril de 2014 como una asistencia a los barrios, pero luego se expandió. A la sazón, el INCAA colaboraba con pasajes pero, por el momento, esta ayuda se encuentra frenada. "La intención de ahora es retomar esfuerzos", se sincera Stagnaro. "Todo este trabajo es también la expresión de la voluntad de los directores de difundir el cine argentino". Aunque, claro, Juan Bautista Stagnaro lo sabe bien: este es un trabajo de hormiga pero que, felizmente, alguien lo está haciendo.

Entre los gestos más destacados del programa, han hecho obras edilicias en algunas escuelas (Escuela de Cañuelas, por ejemplo), aportan en cada lugar un box con lo mejor del cine argentino y, cuando lo piden y se justifica, dejan proyectores y pantallas para su utilización (caso Jachal en San Juan, Esquel en Chubut, Villa Lugano, y en escuelas rurales de Patricios y Roque Pérez en la Provincia de Buenos Aires). ¿Qué es lo que les falta para seguir profundizando? "Necesitamos más spon-

sors", bromea Stagnaro. "Se genera un boca en boca muy interesante", señala Ricardo Piterberg, director del documental *Venimos de muy lejos* y productor del programa El Cine Va a la Escuela. Piterberg es, en rigor, el contacto con las escuelas: es quien recibe, evalúa y dispone. "A lo largo del tiempo esto va a ser un tesoro del cine argentino".

"Todo este trabajo es también la expresión de la voluntad de los directores de difundir el cine argentino".

Juan Bautista Stagnaro, presidente de la Fundación DAC.

Hay una historia en concreto que resume el éxito del boca en boca del programa. Piterberg *dixit*: "Un día fuimos al Normal 8, en Boedo. Llegamos ahí porque nos lo había pedido Patricia, una profesora de geografía. Patricia tenía una prima en el norte de Santiago del Estero que era docente, se lo comentó y hacia allá fuimos". En general, el programa prioriza a las escuelas públicas pero también han tenido experiencias gratificantes con escuelas privadas o religiosas. "Demoramos en llegar, pero llegamos", promete Piterberg. "Todo esto sucede por los docentes y los directores de las escuelas", concluye.

La tendencia es que, en el 2014, llegaron a un 68% de escuelas de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, a un 21% de Buenos Aires y a un 11% de otras provincias. Y en el último año los porcentajes se dieron vuelta a favor de otras provincias con el 76,78%, a un 19,65% de escuelas de Buenos Aires y a un 3,57% de establecimientos de la Capital Federal. El plan, por supuesto, es seguir federalizando.

En general, en las proyecciones federales la Fundación DAC convoca a cineastas, técnicos, actores o guionistas para humanizar el cine y que, de pronto, puedan surgir charlas experienciales. Acá, aseguran, es cuando hay más conexión. "Queremos bajar a los dioses de ese Olimpo", pinta Stagnaro. De paso, El Cine Va a la Escuela intenta fomentar y despertar el oficio de hacer cine. "Hubo muchos pibes que quedaron con voluntad y ojalá este sea un despertar de vocaciones", observa. "La actividad es movilizadora, sobre todo por la presencia de invitados", indica Piterberg. Algunos profesionales que han participado de El Cine Va a la Escuela: los directores Ariel Winograd y Fernando Spiner, los actores Ana Celentano, Rafael Spregelburd y Daniel Hendler, y técnicos de toda índole.

Por el momento, El Cine Va a la Escuela no ha llegado al noroeste del país. Pero planean hacerlo en breve. Aún esperan la demanda de algunos colegios de aquella región. Y que, como en la historia del Normal 8 y Santiago del Estero, la bola se corra. Si han pisado la llanura chaqueña, la Mesopotamia, las sierras pampeanas, y un tendal de provincias de Salta a Santa Cruz. "Lo más lindo de todo esto es verles las caras a los pibes", expresa Piterberg. "Esas caras te las llevás para siempre", cierra.]